
Jon Sobrino, S.J.

**EL VATICANO
Y LA TEOLOGIA
DE LA LIBERACION**

Tomado de: CARTA A LAS IGLESIAS,
Desde el Salvador, No. 75, 1984

El 3 de septiembre se ha hecho público un documento de la Sagrada Congregación para la doctrina de la fe, firmado por el cardenal Ratzinger, titulado "Instrucción sobre algunos aspectos de la Teología de la Liberación". Tal ha sido el clima de expectación que había causado el anunciado documento que las reacciones no se han hecho esperar. Eclesialmente, varias conferencias episcopales y obispos lo han presentado, asumiéndolo e insistiendo en que el documento no significa una marcha atrás en el compromiso de la Iglesia con los pobres. Don Helder Camara ha dicho que el documento es mejor que lo que esperaban muchos enemigos de la teología de la liberación (TL) y que esta no ha sido condenada.

Pero también ha habido, como era inevitable reacciones políticas. Así, por ejemplo, unas comunidades de Milán lo han denunciado como favorecedor de los intereses del capital internacional; mientras que un editorial del Wall Street Journal lo alaba porque representa "un golpe apabullante" contra el comunismo de parte "del disidente antimarxista más eminente del mundo, el Papa Juan Pablo II". Sobra decir que los matutinos salvadoreños se apresuraron a reproducir los párrafos más fuertes de este editorial, además de sus propios comentarios en esta línea.

Además de estas reacciones irán apareciendo, sin duda, otras más estrictamente teológicas —pues sobre eso versa el documento— de los mismos teólogos de la liberación y de otros muchos, en América Latina, en

Norteamérica y en Europa. A las revistas especializadas dejamos los análisis más teóricos y teológicos sobre el documento. En este comentario sólo queremos centrarnos en lo fundamental del documento. Pero para ello —y para que se comprendan también las reacciones eclesiales y políticas— es necesario presentar brevemente un marco histórico de referencia.

1. **El hecho histórico fundamental** para comprender la TL y muchos otros fenómenos latinoamericanos es la irrupción de los pobres en un continente cristiano. Después de siglos, los pobres han tomado conciencia de su secular opresión, de sus causas estructurales, de la posibilidad de superar la pobreza y de la necesidad de organizarse, trabajar y luchar por una sociedad más justa. Conjuntamente han tomado conciencia de que la voluntad de Dios es su liberación, el que puedan vivir y vivir con dignidad de los hijos de Dios y no con la resignación de esclavos; de que el evangelio de Jesús se dirige a ellos y sobre todo a ellos; de que ellos mismos deben ser sujetos de su propio destino y aportar a la Iglesia, desde dentro de ella, su fe, su esperanza y su compromiso.

Es indudable que, una vez puesto en marcha este proceso histórico y eclesial, ha tenido que haber **reacciones** y poderosas reacciones, pues poderoso es este nuevo fenómeno. La Iglesia del continente, en pequeños grupos primero y en Medellín de manera oficial, reconoció este proceso como un signo de los tiempos, clara voluntad de Dios, interpelación e invitación a la Iglesia. De ahí que Medellín exigiera de la Iglesia la solidaridad con los pobres de este mundo y la misión de una liberación integral de todas las esclavitudes, del pecado personal y social, y una liberación para la plenitud, personal, social y trascendente.

Puebla, aunque ya para entonces hubiera sospechas hacia la liberación, reafirmó Medellín en lo fundamental: la situación del continente clama al cielo y con un clamor más potente que en tiempo de Medellín, y de ahí que la Iglesia deba hacer la opción preferencial por los pobres.

También reaccionaron otros grupos y movimientos políticos y aun revolucionarios, varios de ellos ajenos a la Iglesia. Con sorpresa observaron que la Iglesia no aparecía ya como una fuerza retrógrada y reaccionaria sino que se pronunciaba en favor de la liberación. De ahí que comenzasen a ver a la Iglesia con respeto y a apreciar la importancia del trabajo conjunto con los cristianos en los procesos de liberación. Desde Fidel Castro hasta líderes obreros y campesinos, se comenzó a hablar de la Iglesia y de las relaciones con los cristianos de for-

ma nueva. Un caso espectacular —sea cuales fueren las consecuencias posteriores— fue la participación de los cristianos en la lucha por derrocar a Somoza. En conjunto, aparecía por primera vez en muchos siglos que los cristianos no apoyaban a los poderosos y opresores, sino que luchaban en favor de los pobres.

Y también reaccionaron los poderosos de este mundo que han mantenido y mantienen a los pobres de América Latina en la opresión. Ya en 1969, al regreso de su viaje por América Latina escribía Nelson Rockefeller en su informe que “debemos tener cuidado con la Iglesia latinoamericana, pues si cumple los acuerdos de Medellín atenta contra nuestros intereses”. En 1970 aparece la CIA trabajando activamente para detener ese movimiento eclesial. En un documento que se aplicaba a Bolivia en directo, pero que después se mostró válido para muchos otros países, se describen las formas de atacar y perseguir a los cristianos y sobre todo a los obispos y sacerdotes que habían optado por Medellín, según la siguiente estrategia general: “No se debe atacar a la Iglesia como institución. . . , sino a una parte de la Iglesia, la más avanzada”. En 1979, poco antes de Puebla, el Presidente Carter ordena a la CIA recoger más y mejor información sobre los cristianos de América Latina. En la década de los ochenta se funda en Washington el Instituto para la Religión y la Democracia, cuya finalidad es recuperar como normativa para el mundo occidental el tipo de religión tradicional alienante. En 1982 se hace público el documento de Santa Fe, elaborado por los asesores del presidente Reagan, en el que se plantea el ataque a las Iglesias que se comprometen con los derechos humanos, especialmente los de los pobres, y a la teología de la liberación.

Tantas y tan diversas reacciones no son de extrañar si en verdad los pobres han irrumpido en un continente cristiano, con su potencial histórico y evangélico. Las **consecuencias** han sido también variadas. Por una parte una revitalización sin precedentes de la Iglesia en América Latina, que con razón ha sorprendido y asombrado al mundo, por su fe y su esperanza, por su creatividad pastoral y litúrgica, por el magisterio de sus obispos, por figuras excepcionales como la de Don Helder Cámara o un Mons. Romero, por el compromiso generoso de sus cristianos, por la solidaridad eclesial y el ecumenismo que ha desencadenado, por el surgimiento de miles y miles de comunidades de pobres que rezan y leen la biblia, se ayudan mutuamente y quieren colaborar a la instauración de la justicia en sus diversos países, las comunidades eclesiales de base.

Pero ha habido también otro tipo de consecuencias. Un compromiso evangélico tan exigente ha dividido también a las Iglesias en todos sus estamentos, obispos, sacerdotes y laicos. Se ha desencadenado una persecución sin precedentes contra la Iglesia fiel a Medellín; miles de cristianos han sido amenazados, capturados, torturados y asesinados sin faltar obispos, sacerdotes y religiosos entre ellos. Esto ha convertido a la Iglesia de América Latina en una Iglesia verdaderamente martirial, pero en una Iglesia también acosada, diezmada y —cada vez más con la excepción de Brasil— asustada. Han proliferado las sectas alienantes, planificadas y financiadas desde los EE. UU. En resumen, se ha intentado por medios más burdos o más sutiles desvirtuar poco a poco el espíritu de Medellín.

Este es el contexto histórico real en el cual surge y se desarrolla la TL. Su importancia, dicho en la breve fórmula de Don Luciano Mendes, secretario de la Conferencia Episcopal de Brasil, es que “la teología de la liberación apunta a la llaga de América Latina”. Su origen está en una nueva experiencia histórica y espiritual: la experiencia histórica de pobreza y esperanza de los pobres y la experiencia espiritual de un “encuentro con el Señor” —como no se cansa de repetir Gustavo Gutiérrez desde su primer libro hasta nuestros días— en los pobres de este mundo. Un encuentro con el Señor que interpela y que invita a salvar a los pobres. La TL desde sus orígenes tiene y mantiene en esa experiencia histórica y espiritual su más profunda inspiración. Es por ello una teología profética, pues tiene que denunciar la opresión y muerte de los hijos de Dios; y se comprende por ello como una teología orientada a una práctica para descubrir y superar los mecanismos de la opresión y de la muerte. Pero es también una teología positiva y cada vez sistemática, pues desde esa experiencia puede ir desarrollando la totalidad de la fe en Dios, en Cristo y en la Iglesia, sin reducir esa fe sino concretándola y enriqueciéndola desde su experiencia original. Es una teología que analiza los problemas estructurales y por ello en un principio aprecia cualquier instrumento que dé luz sobre sus causas y sus soluciones. Pero es una teología también espiritual que remite una y otra vez al encuentro con el Señor. Es una teología latinamericana, pero abierta a otras para enriquecerse y que se ofrece a otras para invitarles a que consideren al menos su inspiración original desde los pobres. Es una teología, por último, que ha sido desdeñada en los comienzos por otras del primer mundo, formalmente más acabadas, pero que ha sido cada vez más aceptada y defendida por teólogos como K. Rahner, E. Schillebeeckx, I. Congar, MD. Chenu, J.B. Metz, por mencionar sólo a los más prominentes.

2. La pregunta que se impone es qué dice el documento Vaticano sobre la TL y su contexto. Lo primero que hay que decir es que el documento ha captado bien que existe el tal contexto y que éste sigue siendo sumamente importante para la Iglesia y para la teología; sea lo que fuere la TL. Reconoce el documento que la situación del continente es trágica y terrible. En uno de los párrafos más fuertes salidos de un documento vaticano se dice que existe en América Latina:

“el acaparamiento de la gran mayoría de las riquezas por una oligarquía de propietarios sin conciencia social, la casi ausencia o las carencias del Estado de derecho, las dictaduras militares que ultrajan los derechos elementales del hombre, la corrupción de ciertos dirigentes en el poder, las prácticas salvajes de cierto capital extranjero”.

Ante esta situación insiste el documento que es legítima la aspiración de los pobres por su liberación; que la Iglesia debe trabajar por ello; que la teología se debe preocupar de ello, porque así lo exige la revelación de Dios, el evangelio de Jesús y la situación histórica; reconoce incluso que la TL ha sabido captar bien esa situación y que nació con finalidad buena. En resumen, el documento insiste en que las serias advertencias a la TL no significa desentendimiento de ese problema ni aprobación implícita de quienes combaten la solidaridad y la opción por los pobres.

Por otra parte el documento hace serias acusaciones a la TL. No define exactamente qué es esa teología, qué obras incurren en estos peligros; afirma más bien que las acusaciones van contra una teología de la liberación de inspiración marxista. Dos problemas hay aquí: 1) que sea una TL de inspiración marxista y 2) qué teologías de la liberación son de inspiración marxista.

En cuanto a lo primero, una teología de la liberación sería de inspiración marxista si usa el análisis marxista sin suficiente crítica, si juntamente con el análisis acepta la ideología marxista, materialista y atea, que le subyace, de forma que subordine, consciente o inconscientemente, los datos de la fe al marxismo. Las consecuencias de tal teología marxista serían en la práctica las contrarias a las que pretende la TL, pues el marxismo no lleva a la liberación de los pobres sino a una opresión más radical; y en la teoría, serían la comprensión de importantes conceptos bíblicos desde el marxismo y no a la inversa, tales como pueblo, pobres, práctica, historia y verdad. La consecuencia más radical sería que a nivel teórico las realidades más fundamentales de la fe, como Dios, Cristo, la Iglesia y los sacramentos, se verían vaciados de

sus contenidos bíblicos y dogmáticos; y en la práctica, que la acción de los cristianos en favor de los pobres se adecuase pura y simplemente con la lucha de clases y la violencia que conlleva.

Esto es lo que condena el documento. Como ya se ha dicho antes, surgirán sin duda análisis desde la teología —y quizás también desde las ciencias sociales— que analicen lo que aquí se dice sobre el marxismo, sobre la teología y sobre su posible relación. Lo que nos interesa ahora es ver si, y hasta qué punto, es realidad eso que se condena. Hay que estar claros desde el principio en que el peligro puede ser real; así como es real y muy real el peligro de otras teologías con otras inspiraciones que llevan a ignorar, desentenderse de y combatir la opción de la Iglesia por los pobres. Pero volviendo a la TL, y sobre todo a la actualidad de la TL, no se puede decir que dicha teología caiga en el peligro denunciado y de la forma en que se ha denunciado. Los teólogos considerados más prominentes —recordemos a G. Gutiérrez y a L. Boff, pues sus nombres son los más nombrados por la preocupación pública que ha mostrado el Vaticano hacia ellos— dicen que no se sienten representados por estas descripciones, que su inspiración es primaria y esencialmente evangélica y que el uso que se haya hecho ocasionalmente del marxismo en la TL está subordinado a esa inspiración. Una lectura de la totalidad de las obras más importantes de la TL, si no se leen con prejuicios, sustancia esas aseveraciones.

No quiere esto decir que no haya absolutamente ningún peligro de subordinar la fe al marxismo, como eficazmente se la ha subordinado a otras ideologías. Pero estos peligros se dan más en la práctica que en la teoría teológica. En un fenómeno social de tal envergadura, en el que están implicados millones de cristianos, no hay que extrañarse que algunos de ellos hayan ido vaciando su identidad cristiana y sustituyéndola por otra. Pero por lo que toca a la TL, la inspiración marxista nunca ha sido fundamental, e incluso el uso crítico del marxismo ha ido disminuyendo con los años. No hay que olvidar —cosa que no se menciona en el documento Vaticano— la ingente producción de obras sobre espiritualidad por los autores más conocidos de la TL, lo cual no significa, por supuesto, volver a un espiritualismo alienante, sino mostrar las raíces cristianas de dicha TL.

¿Qué es lo que dice la TL? ¿Qué dicen sus representantes más conocidos? Aventurándonos a hacer un resumen, se podría decir lo siguiente: Dios quiere la liberación integral de todos los hombres, oprimidos y opresores, y ciertamente la liberación integral de los pobres de este

mundo, liberación histórica de la pobreza, la opresión y la muerte, y la liberación para la vida, la fraternidad y el encuentro con Dios. Esto es lo que quiere recalcar al confesar a Dios como el Dios de la Vida. Esa voluntad de Dios se ha hecho presente en Jesús de Nazaret, el hijo de Dios y el hermano de los pobres, quien anunció e inició el reino de Dios. Eso le llevó a la profecía contra los poderosos, a exigir misericordia hacia los oprimidos y a exigir de todos la conversión. De ese Jesús se dice que fue resucitado por el Padre, con lo cual todos los hombres y especialmente los pobres de este mundo pueden tener esperanza de una plenificación final y de una iniciación ya en este mundo de esa esperanza. De la Iglesia se dice que es sacramento de salvación; que la debe entender y llevar a cabo como Jesús; que debe dirigirse por ello privilegiadamente a los pobres de este mundo; que debe solidarizarse con ellos, con sus sufrimientos y sus esperanzas; que debe llevar a cabo una evangelización como buena nueva a los pobres, que debe acompañar esencialmente esa evangelización con la lucha por la justicia y la defensa de los derechos humanos, que en esa Iglesia, todos —obispos, sacerdotes, religiosos y laicos— deben volcarse a esa misión, y que en ello se van constituyendo todos como pueblo de Dios; que una Iglesia así descrita, que hace la opción por los pobres, lucha por su liberación, imbuye espíritu cristiano en esas luchas y padece persecución por la justicia, se va constituyendo como una Iglesia de los pobres. Dice que ser cristiano es seguir hoy y en este continente a Jesús; trabajando por la venida eficaz del reino de Dios, buscando siempre críticamente sus mediaciones, sin absolutizar ninguna de ellas como el reino pero sin relativizar a todas por igual; reproduciendo los valores y actitudes de Jesús, ejemplificados en las tremendas renunciaciones y en el espíritu del sermón del monte; manteniendo la fortaleza en medio de la persecución y humanizando también todos los conflictos y luchas, incluso las guerras, que son realidad cotidiana en el continente.

Esto es lo que hoy se entiende por TL y lo que dicen sus teólogos más connotados. Lo pueden decir sin apelar para nada al marxismo; y si ocasionalmente ha introducido algunos elementos de su análisis, lo subordina a lo anterior. Juzgado el fenómeno de la TL en su globalidad y ciertamente en la actualidad no se puede decir que el “marxismo” es su elemento especificante y diferenciador. Si hay que buscar ese elemento, son los “pobres” de este mundo. Y aquí sí hay una gran novedad. Porque los pobres no son para la TL sólo destinatarios de la acción de la Iglesia y de la teología, sino inspiradores, lugares históricos de Dios, los que hacen cambiar —después de siglos— los ojos para ver las cosas como las ve Dios, los pies para recorrer nuevos caminos, y las manos para emprender nuevas misiones.

Lo importante para la TL no es ella misma, ni que se la alabe ni que se la critique. Lo importante es que llegue a ser una realidad la liberación de los pobres y que éstos ocupen su lugar central en la Iglesia de Jesús. El mayor temor de la TL no es por sí misma, sino por los pobres. En ese sentido se sentiría muy satisfecha de que toda la Iglesia realizase con decisión la opción por los pobres que pide el documento. También otros han expresado este temor. El P. Juan Alfaro, teólogo jesuita de la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma, miembro de varias congregaciones romanas, ha dicho que "mi preocupación no es tanto que se ataque a la teología de la liberación, sino que se destruya este nuevo cristianismo que está naciendo. . . no malograr esta semilla cristiana que está naciendo".

Los teólogos de la liberación pueden ver el documento vaticano como una llamada de atención a no desviar su inspiración evangélica, posibilidad siempre presente tanto en ellos como en otros. En lo que hayan errado están dispuestos a enmendarse, como lo han dicho repetidas veces. Pero no acaba ahí el modo de leer el documento. La posible o real relación entre marxismo y TL es un problema. Pero sigue habiendo otros y más graves. El ya citado P. Alfaro dice:

"En este continente (latinoamericano) se da todavía el más grave escándalo cristiano: la contradicción entre aquellos que se profesan cristianos y en realidad son opresores. La más grande contradicción entre la fe como profesión y la fe como vida. No es el caso de Polonia, que es muy distinto y muy claro. Polonia tiene, por decirlo de alguna manera, un enemigo claro, que es enemigo de Dios y enemigo de la patria. Pero en América Latina el enemigo es un creyente; el opresor, el dictador, es uno que se profesa cristiano y católico".

Muchas cosas se pueden decir de la TL y sus peligros. Pero al menos una no se puede ignorar honradamente; que en este continente cristiano, con este escándalo cristiano, la TL con todas sus limitaciones, ha ayudado a mantener y acrecentar la fe en un Dios que ama a los pobres, cuando muchos que dicen creer en él los oprimen.